

Un Día Tras Otro

Por
**RAFAEL
GUIZADO**

No sin un justo y profundo temor me arriesgo a hablar sobre el complejo torero que se ha apoderado de nuestro pueblo. Está aún demasiado reciente ese ciclón incontenible de entusiasmo que levantó un gitano frente al toro, en la plaza de Bogotá; es de vertical actualidad el gasto de considerables sumas de dinero en los suntuosos trabajos que ya se inician para hermosear el circo de Santamaría; está fresca y desafiante la tinta que se derrochó —en esta época de escasez— cantando con pintoresco lenguaje las tardes mojadas de la temporada. Todo indica el peligro que encierra hablar ahora de toros, en tono distinto al acostumbrado por la afición. Pero hay que correr el riesgo porque esto demuestra arrojo —cualidad torera— y así puede obtenerse, quizá, la benevolencia del lector.

Un amigo me dice haber coleccionado cuanto se ha escrito sobre toros en lo poco que va transcurrido del año en que vivimos, y según sus cifras, es posible afirmar que la literatura torera ha sido más copiosa que la electoral; y esto es mucho decir, en un país esencialmente politiquero. Hay quien afirma que, excepción hecha de algunos periodistas españoles que viven con nosotros, todos los comentaristas diarios —con raras fallas— han dedicado columnas enteras a los toros, a los toreros, a las faenas, a los banderilleros, a los picadores, a las verónicas, a los lances, a las espadas, a las mulatas, en fin, a todo ese conjunto heterogéneo de movimientos, gestos, instrumentos, bestias y hombres, que son indispensables para la lidia. Y no se crea que yo pienso que eso está mal, ni que merece crítica alguna tan acucioso empeño por alimentar una ficticia admiración colectiva por las puetas de los matadores. No. La cuestión en sí ni me importa ni me interesa. Pero sí da margen para una serie de amargas reflexiones que tal vez son compartidos por numerosas personas, mas nunca son dichas con total franqueza, por excesivo respeto a la violenta dictadura de la "afición".

A cualquiera causaría desesperación ver que, mientras ningún empresario se resuelve a traer al país un espectáculo cultural de valía, por que teme —con razón— no encontrar correspondencia, en el público, a su esfuerzo económico, hay por docenas hombres que invierten fuertes sumas en financiar las temporadas taurinas, y hacen con ello un pingüe negocio. Adviértase que no se trata de un espectáculo barato.

Mientras a nadie se le ocurre, desde las alturas del poder municipal, dedicar considerable parte de los dineros públicos para construir un teatro amplio y completo para representaciones populares, una adecuada sala de conciertos con capacidad para varios miles de espectadores, o siquiera subvencionar con cantidades apreciables ciclos de actos culturales que sirvan para aumentar la educación y refinar el gusto, se considera natural, aceptable, plausible, que se gasten varios cientos de miles de pesos en hermosear la entrada a la plaza de

toros. Repito: no es que esto último esté mal, pero es inconcebible mientras lo otro no exista.

Pero hay más todavía: en los días es bastante difícil que se dediquen varias columnas de las ediciones cotidianas al comentario de cosas del espíritu, de obras de arte, etc. No ha sido posible que se establezcan secciones permanentes de crítica literaria, teatral, pictórica, musical. En cambio, sea o no época de temporada taurina, las amenazas crónicas de los técnicos en toros se dan al público periódicamente, con unánime complacencia.

Mi amigo, cuyas ideas transcribo porque las comparto, me ha dicho: Te has dado cuenta de que a un acontecimiento artístico singular e importante como es la exhibición de la película "Fantasia" apenas se le han dedicado tres o cuatro comentarios de prensa, mientras que sobre toros, a pesar de haberse ya terminado la temporada, se habla aún todos los días?

Tales son los hechos incontrovertibles. Ahora bien, yo no comprendo por qué ese mágico poder del cronista taurino, esa omnipotencia del técnico aficionado no se aprovechan más cabalmente. Por ejemplo, si hubiese dirigentes políticos que se aliaran a los escritores taurinos para hacer una campaña electoral, podrían estar seguros del triunfo de sus aspiraciones. Si hubiera candidatos que, en vez de dictar conferencias o pronunciar discursos, se retrataran hombro a hombro con los diestros en traje de carácter, sumarían una probabilidad más de victoria a las que tienen por ser quienes son. Porque hay que observar que si la política influye en todo, absolutamente en todo, en este país, hay sin embargo una excepción fundamental: los toros. En épocas pasadas, vino a Colombia una admirable compañía teatral, uno de cuyos animadores era personaje saliente de la República española —que no nos visitó— y esa circunstancia fue suficiente para que se combatiera a la compañía, a las obras que representaba y a los artistas, con un criterio político. Pero en tratándose de toros, se abre un paréntesis de entusiasmo, de neutralidad y de simpatía total. Lo cual es equitativo y razonable.

En tales circunstancias, por qué no aprovechar el aceptado privilegio del toro para, bajo su sombra, acometer otras empresas de mayor alcance espiritual? No sólo en cuestión política, sino también en lo económico, en lo cultural, aun en lo fiscal, la alianza de la afición es indispensable. Con ella, podría lograrse lo que nunca se ha obtenido. Si se anunciase un concierto sinfónico con la asistencia de cualquier gitanillo "pinturero" o cualquier Rafaelillo "suicida", por primera vez veríamos a las multitudes batiéndose en las taquillas del teatro y oyendo —más o menos recordadamente— los compases de las sinfonías de Beethoven. Y tal vez, tal vez... algún provecho sacarían de ese forzoso sacrificio.

Como se ve, hay un ancho campo para explotar en la torería, y fuera de la plaza de toros.